

dama del siglo xvii, ¡en el suelo! como hizo el desaparecido Seki Sano con Carlota y Maximiliano. Quiero creer que fue debido a la pobreza escénica que se nota a cada momento en este *Cyrano*, pues a pesar de la hermosa escenografía de David Antón, el escenario permanece desierto de muebles.

Es lástima que tan brillante temporada del *Cyrano*, con teatro agotado a diario, tenga que suspenderse pronto por compromisos de López Tarso, pero es de desearse que el caballero gascón, narigudo y poeta, regrese pronto a los escenarios. Es un héroe, último de los románticos, que no pasará jamás de moda, como el Tenorio.

16 de junio de 1967

#### CARMEN MONTEJO, MÁXIMA ACTRIZ DE MÉXICO

Hace tres años, cuando se estrenó en el Teatro Granero la obra intitulada *¿Quién teme a Virginia Woolf?*, creí que Carmen Montejo no podría estar mejor en actuación en posteriores obras. Por ello mi sorpresa no tuvo límites, y mi alegría, al ver que Carmen sí podía estar mejor, y precisamente en la misma pieza, ahora que acaba de reponerse en el Teatro de los Insurgentes. La primera actriz se supera a sí misma, vuelve a crear dándole una mayor dimensión a ese extraordinario personaje de la Marta, descubriendo en él nuevas facetas, proyectando hasta las más altas regiones todo el sentimiento, el asco, la decadencia, la desesperanza, la incomprensión de y ante la existencia, que tiene ese terrible personaje al cual únicamente pueden interpretar actrices con el talento y la sensibilidad que posee Carmen Montejo.

Nuestro atávico "malinchismo" nos lleva a entusiasrnarnos hasta la locura cuando se nombra a una María Casares, a una Anna Magnani, a una Bette Davis, y no comprendemos, o a veces ni siquiera nos damos cuenta, que cerca de nosotros hay una figura tan grande como las mencionadas y de la que debemos sentirnos orgullosos y luchar por que su nombre trascienda esta "mu-

ralla de nopales” que en ocasiones nos ahoga y nos encierra, permitiendo la entrada a todo lo exterior pero no dejando salir nada de lo que hay dentro de ella. Carmen Montejo debe ser conocida fuera de México y de Cuba; debe ser admirada y aplaudida en París, y en Madrid, y en Broadway. Una actriz como ella no puede, no debe, limitarse a triunfar en un solo país.

La noche del viernes 14 del presente volví a tener esperanzas en nuestro movimiento teatral; volví a creer que sí puede hacerse buen teatro en México, y este triunfo de la Montejo, de Xavier Rojas y de Aarón Hernán, me tornan aún más exigente con el resto de los empresarios, directores y actores mexicanos. Repetiré por enésima vez que no estoy contra el “teatro comercial”, de ese que se hace aprisa sólo para divertir, ni que pido que todos los teatros de la capital monten buenas piezas. No, que se haga un poco de todo, pero que cuando alguien decida llevar a un escenario una obra de calidad, el resto de los elementos que deben funcionar para que una representación sea un buen éxito artístico, estén a la altura de la obra. Como sucede en *¿Quién teme a Virginia Woolf?*

Esa noche alguien me decía que en esta obra no importa que el resto de los actores esté mal, ni que la dirección sea mediocre, puesto que al estar bien Carmen Montejo lo demás no tiene importancia. Es una falsedad: hace tres años esta primera actriz no estuvo a la altura que ahora porque no tenía a su lado un buen actor, es decir, no tenía una réplica adecuada. El papel de Marta no es un monólogo, ni una aria coreada como el *Cyrano*; necesita que el personaje de Jorge le responda para poder lograr una actuación redonda, completa. Y, lo digo con toda alegría, en esta ocasión Aarón Hernán demuestra que es un excelente actor, sólo que necesita estar en manos de un buen director. Quien haya visto a Hernán en *Lecho nupcial*, al lado de Evangelina Elizondo y dirigido por Retes, no lo reconocerá en esta *Virginia Woolf*, al lado de Carmen Montejo y dirigido por Xavier Rojas. Es otro, es decir, es actor. Acaso se le podría señalar que en momentos pierde la embriaguez de que debe estar poseído durante toda la obra, aumentada a medida que transcurre, pero son sólo breves instantes, y en cambio da la fuerza, y la angustia del personaje, y sabe llevar con maestría ese horrible juego sadomaso-

quista que el autor hace desempeñar al matrimonio de Marta y Jorge.

La actuación de Carmen Montejo fue tan perfecta, y lo es en cada una de las representaciones, que hubo personas que salieron del teatro jurando que la actriz se encontraba efectivamente ebria en el tercer acto. Por supuesto que no era así, sino que el talento puede hacer realidad lo inexistente: ésa es la magia del buen teatro y de una buena actuación; es ésa la auténtica labor de un actor: el "vivir" su personaje de tal modo que llegue a ser un solo ente, una unidad. ¡Desgraciadamente pocos lo consiguen!

Y si Carmen Montejo es la mejor actriz de México, también sabe ser una fiel amiga, puesto que volvió a llamar a Alma Martínez para que volviese a deshacer el hermoso personaje de Dulce. Me tiene sin cuidado que los cronistas hayan premiado a esta señorita hace tres años: ya todos sabemos lo que son esos premios. Alma Martínez estuvo mal en aquella ocasión y ahora vuelve a estarlo, quizá aún más, porque su exageración en el tono de voz molesta tanto que el espectador desea que no salga a escena. Error de actriz y único error de la dirección de Rojas. El cuarto personaje lo interpreta un nuevo elemento en el ambiente, puesto que nunca lo había visto antes: Ramón Menéndez, y cumple con su cometido más bien que mal. Se le nota su inexperiencia, su estado de nervios, su querer y casi no poder, pero se le alaba el esfuerzo y el no desentonar.

No debe quedar un solo actor o actriz en México que no vaya a ver a Carmen Montejo, para aprender, para gozar con su actuación, ni un solo aficionado al teatro sin aplaudirla. ¿No se llenaría cualquier teatro si viniese la Magnani o la Casares? La Montejo está a la altura de ellas, de manera que no hay pretexto posible para no asistir.

23 de junio de 1967

#### NI TAN MALDITOS

Está visto que la gente de teatro es la más susceptible del ambiente artístico, lo que no deja de ser lógico, puesto que el teatro